

en medio de las soledades del antiguo mundo, aullaban los hombres con gargantas de monos.

Dan los éuskaros aquellos gritos durante sus fiestas ó para llamarse por la noche en la montaña, y especialmente para celebrar un suceso alegre y próspero, una ventura imprevista, una gran caza ó una redada abundante en el agua de los ríos.

Los contrabandistas divertíanse con este juego de sus mayores; lanzando ese grito para glorificar su empresa, llevada á feliz término, y por necesidad física, para desquitarse así del obligado silencio de tantas horas.

Pero Ramuncho permanece callado, sin sonreír siquiera. Aquellos gritos le anonadan, le hielan, aunque le son tan conocidos. Le sumergen en aquellas meditaciones inquietantes que no logra precisar ni esclarecer.

Además, ha sentido aquella noche, una vez más, cuán incierto y mudable es su único apoyo en el mundo, el apoyo de Arrakoa, á quien tenía que considerar como á un hermano; sus audacias y sus éxitos en el juego de pelota le devolverán, sin duda, su cariño, pero una bagatela, una nonada podría también arrebatárselo en un instante. Y entonces le parece que la esperanza de su vida no tiene ya fundamento, que todo se ha desvanecido como una inconsistente quimera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
IX
Apto. 3665 MONTERREY, MEXICO

Era la noche de San Silvestre.

Todo el día habíase visto aquel cielo sombrío tan frecuente en el país vasco y que concuerda tan bien con las ásperas montañas y con el mar rugiente y alborotado, allá abajo, en el fondo del Golfo de Vizcaya.

Á la hora del crepúsculo de este último día del año, cuando las ramas secas, retorciéndose en el fuego, convocan á los hombres alrededor de los hogares dispersos en los campos; á esa hora en que es delicioso y apetecible el albergue abrigado de la casa, Ramuncho y su madre, al ir á sentarse para cenar, oyeron que llamaban discretamente en la puerta.

El forastero nocturno, al pronto les pareció desconocido; cuando dijo su nombre, José Bidegaray, de Hasparitz, se acordaron del marinerero que algunos años atrás había emprendido el camino de América.

Le brindaron una silla, se sentó y dijo :

— Mirad el encargo que traigo. Una vez, en Rosario del Uruguay, hablando en los docks con otros vascos emigrados, un hombre, que podría

tener unos cincuenta años, se me aproximó al oírme hablar de Etchezar.

— ¿Eres de Etchezar? — me dijo.

— No; pero soy de Hasparitz, que está muy cerca.

Entonces me preguntó muchas cosas referentes á vosotros y á vuestra familia. Yo le dije :

— Los viejos murieron. Al hermano mayor le mataron en el contrabando, el segundo desapareció en las Américas; no queda más que Francisca con su hijo Ramuncho, un robusto mozo que podrá tener hoy dieciocho años.

El permanecía pensativo escuchándome.

— Pues bien — me dijo para acabar, — puesto que vas allá, les das recuerdos de parte de Ignacio.

Y después de ofrecerme un vaso, se marchó...

Francisca se había levantado, trémula y aun más pálida que de costumbre. ¡ Ignacio, el más aventurero de toda la familia, su hermano, desaparecido hacía diez años sin que se tuviera noticia alguna suya... !

— ¿Cómo está, qué cara tiene, vestido de qué modo...? ¿Tenía aspecto de ser feliz, ó más bien facha de pobre?

— ¡ Oh ! — respondió el marinero : — parecía muy sano, á pesar de sus cabellos grises; por el traje creeríasele en posición desahogada, con una hermosa cadena de oro colgando del chaleco.

Y era todo lo que podía decir, aparte aquel cariñoso saludo de que era portador; del desterrado no sabía, otra cosa y quizá hasta la muerte no tendría Francisca más noticias de su hermano, casi inexistente como un fantasma.

Después, cuando hubo vaciado un jarro de sidra, el mensajero volvió á emprender camino para dirigirse á su aldea, más arriba. Entonces pusiéronse á cenar madre é hijo; no hablaron; ella, la silenciosa Franchita, estaba distraída y en sus ojos brillaba el cristal de algunas lágrimas que no se atrevían á derramarse; él parecía también meditabundo, conturbado, pero de manera diferente de su madre: pensando en aquel tío que corría á la ventura por allá lejos...

Cuando salía Ramuncho de la infancia y ya empezaba á faltar á la escuela pensando en irse con los contrabandistas á la montaña, Franchita, riñéndole, solía decirle :

— Eres como tu tío Ignacio; jamás haré de ti nada de provecho.

Y era verdad que tenía de su tío Ignacio el sentirse fascinado por todo lo peligroso, por todo lo desconocido ó lejano...

Si aquella noche no hablaba á su hijo de lo que acababan de saber, era porque presentía lo que soñaba Ramuncho de América y temía

sus palabras ó sus decisiones. Entre los campesinos y las gentes del pueblo los dramas oscuros, íntimos y profundos, se desarrollan sin palabras, con equívocos que nunca se aclaran ó con frases á medias adivinadas y entre obstinados silencios.

Cuando concluían la cena, oyeron un coro de voces juveniles y alegres que se acercaban, acompañándose de un tambor: los mozos de Etchezar venían por Ramuncho para llevarlo de ronda por toda la aldea, según la costumbre de las noches de San Silvestre, entrando en las casas para beber un vaso de sidra y dar una serenata ruidosa, entonando canciones de antaño.

Y Ramuncho, olvidándose del Uruguay y de su tío misterioso, volvió á ser todo un niño, gozando el placer de seguir á sus amigos y cantar con ellos por los caminos oscuros, y feliz sobre todo, al pensar que entrarían en casa de los Detcharry y que por un instante volvería á ver á Graciosa.

X

Llegó el tornadizo Marzo y con él la embriaguez primaveral, alegre para los jóvenes, melancólica para los que trasponen la senda de la vida.

Graciosa había vuelto á sentarse, al caer la tarde, en los crepúsculos ya dilatados, en el banco de piedra, delante de su puerta.

¡Oh! ¡ Los antiguos bancos de piedra, alrededor de las casas, contruídos en tiempos ya muertos, para los ensueños de los atardeceres dulces y para las pláticas de amor, eternamente iguales, de los que se quieren!

La casa de Graciosa era muy antigua, como la mayor parte de las del país vasco, donde los años cambian las cosas menos que en otras partes... Tenía dos pisos: una techumbre alta, inclinada en rápida pendiente; muros como de fortaleza, enjalbegados con cal todos los estíos; ventanas muy pequeñas con marco de granito tallado y postigos verdes.

Sobre la puerta principal se veía una lápida de granito, con una inscripción en relieve, escrita en palabras largas y complicadas, que

á los franceses no les sabía á nada conocido, y que decía : « Que nuestra Santa Virgen bendiga esta morada, construída en 1630 por Pedro Detcharry, bedel, y por su mujer Damasa Iribarnes, del lugar de Istaritz. » Un jardincillo de dos metros de ancho, cercado de un muro que permitía ver pasar á la gente separaba la casa del camino; en el jardincillo un hermoso laurel-rosa dilatava su follaje meridional sobre el banco desde donde Graciosa contemplaba los crepúsculos; había además yucas, una palmera y grupos enormes de hortensias, que crecen gigantescas en este país de la sombra, bajo este clima tibio, envuelto tan frecuentemente en nubes. Por detrás, un huerto mal cerrado daba á un camino solitario, muy á propósito para paseos de novios y aventuras amorosas.

¡Qué radiantes de luz las mañanas de aquella primavera y cómo encantaba sus tardes tranquilas el color de rosa...!

Después de una semana de luna llena, alumbrando los campos hasta el amanecer con rayos azules y de plata, días en que la gente de Itchúa no trabajaba — pues tan grande era la claridad de la noche y tanto se iluminaban con cristalinos resplandores los valles brumosos de los Pirineos y de España, — volvió á tener atractivos el fraude en la frontera, é hizo más tentadora la empresa de realizarlo cuando la

tenue menguante volvió á su dominio discreto y matinal. Al volver el buen tiempo ahora, tenía no pocos encantos el contrabandear en la frontera, oficio de soledad y de meditación, en que el alma de los sencillos contrabandistas se engrandecía sin sentirlo en la contemplación del cielo y de las tinieblas tachonadas por las estrellas de oro; como sucede también á los marineros que velan la marcha de los buques en medio de la noche, y como acaecía en otro tiempo á los pastores de la antigua Caldea.

Igualmente propicio era aquel tiempo para los enamorados; los días siguientes á la luna llena de Marzo, traían consigo las noches oscuras, en que todo era negro en torno de las casas, negro en los caminos abovedados de árboles, y negrísimo detrás de la huerta de los Detcharry, en aquel sendero abandonado por donde nunca pasaba nadie.

Graciosa gustaba sentarse en el banco delante de su puerta, y cada tarde permanecía más en él.

Allí se había sentado, como todos los años, para recibir á los bailarines del Carnaval y aquellos grupos de jóvenes de ambos sexos, de España ó de Francia, que se organizan en primavera, para vagar errantes por espacio de algunos días y recorrer las aldeas de la frontera, bailando

delante de las casas, al compás de las castañuelas y vestidos con trajes de rosa y blanco...

Cada vez tardaba más en retirarse de aquel sitio, al que tanto quería, cobijado por el laurel rosa próximo á cubrirse de flores; y algunas noches tambien se atrevía á venir allí, saliendo sin ruido por la ventana, disimuladamente, para sentarse un trecho y respirar á sus anchas, mientras su madre dormía. Ramuncho lo sabía, y el pensamiento de aquel banco turbaba su sueño todas las noches.

XI

Iban hacia la iglesia, juntos, Graciosa y Ramuncho, una hermosa mañana de Abril. Ella, con aire entre burlón y grave, algo especial en que se mezclaban la travesura y la seriedad, llevaba á su novio á cumplir una penitencia que le había ordenado hacer.

En el camposanto, los jardincillos de las tumbas volvían á florecer, así como también los rosales de los muros. Una vez más la savia nueva despertaba, turbando el sueño perenne de los muertos. Entraron juntos por la puerta de abajo en la iglesia vacía, donde una vieja con mantilla negra, sola en el templo, sacudía el polvo de los altares.

Graciosa dió el agua bendita á Ramuncho; los dos se persignaron y luego le condujo ella por medio de la nave desierta y sonora, cubierta de losas funerarias, á los pies de una imagen pendiente del muro, en un rincón de sombra, bajo el coro de los hombres.

Era una pintura impregnada de piadoso misticismo, que representaba á Jesús con los ojos cerrados, ensangrentada la frente y una

expresión mortal de angustia difundida en el rostro; la cabeza parecía separada del cuerpo y puesta sobre un lienzo gris. Al pie se leían las *Letanias del Santo Rostro* que han sido compuestas, como todos saben, para que las digan en penitencia los blasfemos arrepentidos. La víspera, Ramuncho, en un raptó de cólera había jurado terriblemente lanzando una andanada de frases indescriptibles, en que las cosas más santas se barajaban con los cuernos del enemigo y con otras iniquidades aun peores. Y Graciosa le había impuesto la penitencia que ahora iba él á cumplir.

— Vamos, Ramuncho — le advirtió ella alejándose; — no omitas nada de lo que debes decir.

Y le dejó solo en presencia de la Santa Faz, cuando ya empezaba á murmurar las letanias en voz baja, mientras ella se acercaba á la vieja para ayudarle á cambiar el agua de las margaritas blancas que decoraban el altar de la Virgen.

Cuando llegó la noche, lánguida y perezosa, estando Graciosa envuelta entre sombras, en su banco de piedra, soñando Dios sabe qué, una forma humana surgió de repente á su lado; alguien que se había acercado con alpargatas, sin hacer más ruido que el de los buhos sedosos al volar. Venía el intruso del fondo del jardín,

habiendo escalado el muro sin duda, y estaba allí, erguido junto á ella, con la chaqueta al hombro: era aquel á quien dedicaba la joven todas sus ternuras, el que encarnaba los ardientes anhelos de su corazón y sus sentidos...

— ¡ Ramuncho ! — dijo ella. — ¡ Me has asustado !... ¿ De dónde sales á estas horas ? ¿ Qué quieres ? ¿ Por qué has venido ?

— ¿ Por qué he venido ? Para imponerte una penitencia ; que ahora me toca á mí — dijo él riéndose.

— No, díme la verdad : ¿ qué vienes á hacer aquí ?

— ¡ Á verte solamente ! ¡ Mira lo que vengo á hacer !... ¿ Quieres que no nos veamos nunca ?... Tu madre me aleja de tí más cada día... Y después de todo, no hay ningún mal en ello puesto que vamos á casarnos, ¿ verdad que sí ? Y... ya lo ves ; si lo deseas, vendré todas las noches sin que se entere nadie...

— Oh, no, no vuelvas á hacerlo, te lo suplico...

Y cuchichearon un instante, bajo, muy bajo, más bien callando que con palabras, como si temieran despertar á los pájaros en sus nidos. Apenas podían reconocer el sonido de sus voces ; tanto se habían turbado, tanto temblaban, cual si hubiesen cometido un crimen, el crimen delicioso y condenable de estar el uno junto al otro, envueltos en el misterio acariciador de aquella

noche de Abril que cobijaba en torno de ellos tanto ascender de savia, tantas germinaciones y amores...

Ramuncho ni siquiera se había atrevido á sentarse al lado de su novia; permanecía en pie, pronto á huir escondiéndose bajo las ramas al menor ruido, como un ladrón nocturno.

Y sin embargo, cuando quiso él marcharse, fué ella quien preguntó, confusa, vacilante, y en forma que apenas si la entendía él :

— ¿Volverás mañana?

Él, bajo su bozo naciente, sonrió al ver tan repentino cambio de ideas.

— Sí que volveré — respondióle; — ¡mañana y todas las noches...! Todas las noches que no tenga trabajo, allá en España, vendré... ¡Vendré seguramente...!

XII

El cuarto de Ramuncho, en la casa de su madre, caía justamente encima de la cuadra, y era una habitación pulcramente blanqueada con cal; el muchacho tenía allí su lecho, limpio y blanco, pero el contrabando le dejaba pocas horas para dormir. Sobre la mesa había libros de viajes y de cosmografía, prestados por el cura de la parroquia, — inopinados en aquella morada. Imágenes de diferentes santos, en sus marcos, adornaban las paredes, y de las vigas del techo colgaban varios guantes de jugar á la pelota, aquellos guantes de mimbre y cuero que más bien parecen instrumentos de caza ó pesca.

Franchita, al regresar á su país, había vuelto á comprar esta casa, que era la de sus difuntos padres, dedicando á ello parte de la suma que le entregara el extranjero al nacer su hijo. El resto del capital lo tenía convenientemente colocado; además, trabajaba en hacer vestidos ó repasando ropa blanca de algunos vecinos de Etchezar, y tenía alquilados á los colonos de una tierra próxima dos cuartos bajos con la cuadra, en la que cuidaban ellos sus vacas y sus ovejas.

Mecían à Ramuncho en su cama diferentes y deliciosas músicas : el ruido constante de un torrente muy cercano, algunas veces el cantar de los ruiseñores y la alborada de los pájaros matinales. En esa primavera, sobre todo, las vacas, sus vecinas de abajo, excitadas sin duda por el olor del heno fresco, movíanse durante la noche toda, ag'tábanse sin cesar en medio de su sueño y tintineaban continuamente sus cencerros y campanillas.

Muchas veces, después de una larga expedición nocturna, echaba el muchacho la siesta, con sueño profundo, tendido á la sombra, en algún rincón de musgo ó sobre la hierba. Como los demás contrabandistas, tampoco era muy madrugador Ramuncho, comparándolo, sobre todo, con otros jóvenes de la aldea. No pocas veces despertaba después de levantarse el sol en el horizonte, cuando ya por entre las mal juntas tablas del suelo penetraban rayos de luz viva y alegre que surgían del establo, cuya puerta quedaba siempre abierta, después de salir el ganado á pastar al monte. Entonces Ramuncho se dirigía á la ventana, abría el vetusto postigo de castaño macizo pintado de verde, y de codos en el alféizar contemplaba el correr de las nubes ó el brillo del sol de la mañana naciente.

Y cuanto veía allá, en los alrededores de su

casa, era verde, esplendorosamente verde, como lo son en primavera todos los rinconcillos de aquel país de sombra y de lluvia. Los helechos, que toman en otoño un color rojizo ardiente, estaban ahora, en Abril, en el máximo esplendor de su frescura, y cubrían las laderas de las montañas como inmensas alfombras de rizada lana, en que las flores de digital dibujaban aquí y allá como manchas rosadas. Abajo, en una hoyada, el torrente mugía bajo las ramas. En lo alto, grupos de hayas y de encinas se asían á las pendientes, alternando con las pradaderas, y por encima de aquel tranquilo edén, descollaba la grandiosa cresta desnuda de la Gizune, soberana de la región de las nubes. Distinguíanse también desde la ventana, un poco más atrás, la iglesia y las casas : Etchezar, solitario y alto, asentado sobre uno de los contrafuertes pirenaicos, lejos de todo, lejos de las vías férreas que surcan y profanan la parte baja, la de las playas; al abrigo de la curiosidad, de la intrusión de los extraños, viviendo aún su vida vascuence de otros tiempos.

Los pensamientos de Ramuncho al despertar se impregnaban en aquella ventana, de paz y de serenidad humilde. Eran, por otra parte, alegres y jubilosas sus fantasías de novio, desde que estaba seguro de encontrar por la noche á Graciosa en la cita prometida. Las vagas inquie-

tudes, las tristezas indefinidas que antes acompañaban el rondar cotidiano de sus pensamientos, habían huído por algún tiempo, expulsadas por el recuerdo y por la esperanza de las citas con Graciosa en su jardín; su vida había cambiado por completo, y tan pronto como abría los ojos, tenía la impresión de que le envolvía un encanto mágico y misterioso en medio del verdor y de las flores de Abril. Y aquella paz primaveral, todas las mañanas entrevista y renovada, pareciale nueva siempre, nueva cada vez que la sentía, diferente de lo que otros años fuera, infinitamente dulce para su corazón y voluptuosa para su carne, rodeada por doquiera de aspiraciones insondables y maravillosas...

XIII

Es la tarde del día de Pascua; ya han enmudecido las campanas de las aldeas, ya han acabado de confundirse en el aire las devotas vibraciones que se entrecruzan de lado á lado de la frontera.

Sentados á orillas del Bidasoa, Ramuncho y Florentino acechan la llegada de una lancha. Reina un gran silencio; las campanas duermen. El crepúsculo, amortiguándose y desfalleciendo, se ha prolongado mucho, y al respirar el aire tibio y sereno, se deja sentir la aproximación del verano.

Cuando caiga la noche, la barca esperada, con su contrabando de fósforos, debe asomar la proa por la parte de España. Sin dejarla tocar la orilla, los contrabandistas tienen, para coger la mercancía, que descargarla yendo hacia ella á pie por el río, con pértigas puntiagudas en la mano, á fin de parecer, si por casualidad se les sorprende, que se dedican inocentemente á la pesca de platusas.

El agua del Bidasoa semeja un espejo inmóvil y claro, más luminoso que el cielo, y en el que

se retratan é invierten las constelaciones y la cordillera española, que destaca su silueta tenebrosa, netamente recortada en la tranquila atmósfera. Sí, ya viene el estío, el buen tiempo; se anuncia su llegada en la noche límpida y dulce, en su tibia languidez difundida sobre este rincón del mundo, donde maniobran silenciosamente los contrabandistas.

Pero aquel estuario que separa á los dos países parecele á Ramuncho en este instante más melancólico que otras veces, más cerrado y amurallado, entre los negros montes, al pie de los cuales brillan apenas, aquí y allá, dos ó tres luces tristes é inciertas.

Entonces se apodera de él, una vez más, el deseo de conocer lo que hay más allá, mucho más allá aún... ¡ Oh, marcharse hacia ese más allá !... ¡ Sustraerse, por algún tiempo al menos, á la opresión de este país, tan querido no obstante ! Antes de la muerte, sustraerse al peso de esta existencia monótona, siempre igual y sin esperanza de cambiarla. ¡ Hacer otras cosas, salir de aquí, viajar, saber... !

Atento á la lejanía por donde la lancha debe apuntar, dirige de tiempo en tiempo los ojos hacia arriba, hacia el infinito, para mirarlo, para contemplar la luna creciente, cuya hoz afilada, estrecha como una línea de plata, desciende y poco á poco va desapareciendo; contempla

también las estrellas, cuyo andar lento y rítmico ha observado, como las gentes de su oficio, durante tantas noches, y en el fondo de sí mismo percibe una inquietud y un vago anhelo al pensar en las proporciones y en el inconcebible alejamiento de cuanto vive en los cielos...

En su aldea de Etchezar, el párroco que le enseñara de niño el Catecismo, interesado en el despertar de su inteligencia de adolescente, le había prestado libros, discutiendo con él una vez y otra sobre cuestiones como ésta; y hablando de los astros, al darle la noción de sus movimientos é inmensidad, había entreabierto ante el muchacho los grandes abismos del espacio y de la duración. En su alma habían surgido entonces, irguiéndose como negros fantasmas, sus dudas innatas, los terrores y las desesperanzas indecisas que dormitaban en el fondo de su sér, triste y sombría herencia que le había legado su padre. Su fe de pequeño vascongado empezaba á titubear bajo la inmensa bóveda nocturna del cielo eúskaro. Su alma no es ya lo bastante sencilla para admitir ciegamente la verdad en los dogmas, y mientras todo se torna confusión y desorden en su cabeza juvenil, llena de extrañas inquietudes, sin nadie que la dirija, no se da cuenta de que es sabio y bueno someterse humildemente á las fórmulas venerables y consagradas, tras

de las cuales se oculta tal vez todo lo que podemos entrever de las verdades desconocidas.

Así, aquellas campanas de Pascua, que el año último todavía le habían llenado de un sentimiento religioso y dulce, esta vez le suenan como una música cualquiera, más bien melancólica y casi vacía de expresión. Y ahora que acaban de enmudecer, escucha con infinita tristeza venir de allá abajo, potente y sordo, el quejido incesante de las rompientes del Cantábrico, que en las noches en calma se propaga muy lejos, hasta detrás de los altos montes.

Pero su soñar mudable y versátil ha cambiado...

La desembocadura, que ahora acaba de entenebreerse, donde no se ven ya las agrupaciones de casas, le parece que poco á poco torna en otro distinto su aspecto de antes; que la visión se muda, luego, en algo muy extraño, como si de repente fuese á cumplirse allí un gran misterio... y no ve más que las vastas líneas abruptas, casi eternas, y se anonada pensando confusamente en los tiempos remotos, de una antigüedad impenetrable y obscura... El espíritu de las edades vetustas, que surge á veces de la tierra durante las noches tranquilas, á la hora en que duermen los seres perturbadores de nuestros días, el espíritu de las edades pasadas empieza sin duda á cernerse en el aire en

torno suyo; no define bien el fenómeno porque la educación no ha afinado sus sentidos de artista y de vidente, que permanecen así rudimentarios, pero percibe la noción de lo que le ocurre y la inquietud le embarga... En su cabeza bulle un caos confuso cuyos elementos aspira á ordenar sin conseguirlo jamás... Sin embargo, cuando los cuernos de la luna, enrojecidos y aumentados, se hunden lentamente detrás de la montaña, negra desde la base á la cima, los aspectos de las cosas circundantes adquieren por un instante cierto tinte extraño, primitivo y adusto; entonces la incierta impresión de las primeras épocas, flotante en el espacio, no se sabe dónde, se precisa súbitamente para él produciéndole un estremecimiento de terror. Y de repente se pone á pensar á pesar de sí mismo en los hombres de los bosques que vivían allí, *en un tiempo*, en los tiempos tenebrosos é incalculables, porque ha oído de repente, en un punto alejado de la orilla, el largo grito eúskaro, *irrintzina*, el único rasgo de su país con que no ha podido Ramuncho familiarizarse, y que, atravesando ahora el espacio, desgarrá las sombras con sus vibraciones fúnebres y prolongadas... Pero un estruendo disonante, burlón, un estrépito de hierros que se mueven y jadean y de silbidos estridentes se percibe á lo lejos; es un tren que

va de París á Madrid y que pasa por allá á espaldas suyas, por detrás, entre las tinieblas de la frontera francesa. Entonces el espíritu de los tiempos antiguos, de las edades muertas, pliega sus alas de sombra y se desvanece. En vano reina otra vez el silencio: al paso rápido de aquella cosa estúpida y veloz, el espíritu acaba de huír y no reaparecerá...

Al fin, la barca que esperaban Ramuncho y Florentino asoma á lo lejos; se divisa un poco, apenas perceptible para ojos que no sean los suyos; aparece como una forma gris, menuda, que va dejando rizos fugaces sobre el espejo color de cielo nocturno de las aguas, donde las estrellas se reflejan temblando. La hora está bien escogida; es la hora en que los aduaneros vigilan peor, la hora en que se ve menos, cuando el último reflejo del sol y los de la luna creciente acaban de extinguirse y la mirada de los hombres no está aún habituada á la obscuridad.

Para ir por el fósforo prohibido, los jóvenes cogieron sus bastones de pesca y silenciosamente penetraron en el agua...

XIV

En Erribiague, aldea muy lejana, por la parte de las altas montañas, celebrábase el domingo próximo un gran partido de pelota. Jugábanlo Ramuncho, Arrakoa y Florentino contra tres jugadores de los más afamados; para ejercitarse en la lid y pelotear un poco, debían venir aquellos al frontón de Etchezar, y Graciosa, con otras jóvenes de su edad, había acudido á presenciar desde los bancos de granito el ejercicio preparatorio de los campeones. Muy lindas todas y elegantes al mismo tiempo, con sus trajes de colores pálidos, cortados con arreglo á la última fantasía de la moda. Las muchachas se reían simplemente porque habían empezado á reirse y sin saber de qué. Una nonada, media palabra dicha en vascuence sin asomo de intención por una de ellas, era la causa de esos extremos tan alegres... En este país es uno de los rincones del mundo donde mejor resuena la risa de las muchachas, con vibraciones claras y cristalinas, de juventud y de gargantas frescas.

Arrakoa estaba allí desde hacía tiempo con el guante al brazo, lanzando solo la pelota, que

de vez en cuando recogían los chiquillos. Pero Ramuncho y Florentino no venían. ¿En qué pensaban, por qué tardaban tanto...?

Llegaron por fin, con el sudor en la frente y el andar lento y embarazoso. Y como las jóvenes les preguntaran de dónde venían, con el tono burlón que adoptan las muchachas para interrogar á los mozos, los dos sonrieron y se golpearon el pecho, haciéndolo resonar con vibraciones metálicas... Por los senderos de la Gizune habían venido á pie desde España, cargados con moneda de cobre del cuño del rey niño Alfonso XIII. ¡Nuevo ardid de los contrabandistas! Por cuenta de Itchúa, habían cambiado con premio una gruesa suma de plata por aquellas monedas, que correrían después á la par en las ferias próximas, en diferentes aldeas de las Landas, donde circulan de ordinario las *perras* españolas. Entre los dos traían en los bolsillos, en la camisa, pegados á la piel, unos cuarenta kilos de cobre, que en abundante lluvia dejaron caer sobre el vetusto granito de los bancos, á los pies de las regocijadas jovencuelas, á quienes encargaron que contaran y guardaran el dinero; en seguida, habiéndose enjugado la frente y después de recuperar aliento, comenzaron á jugar y saltar, encontrándose una vez despojados de su carga, más ágiles y ligeros que de costumbre.

Aparte los tres ó cuatro chiquillos que corrían como gatitos tras de las pelotas escapadas, no había en el frontón sino las muchachas, sentadas en grupo en las filas interiores de aquella gradería desierta, de color rojizo, que ostentaba entre las piedras la hierba y las florecillas de Abril. Los trajes femeninos de indiana con corpiños blancos ó rosa, eran la única nota alegre de aquel lugar solemnemente triste. Al lado de Graciosa sentábase Paquita Dargaiñáraz, otra rubia de quince años que estaba prometida á Arrakoa, con quien iba á casarse pronto, porque, como hijo de viuda, no tenía que ir al servicio militar. Y hablando de los jugadores y alineando sobre el granito las hileras de monedas, reía sin cesar la concurrencia femenina y cuchicheaba infatigable; y con acento cantante hacían rodar la *r* sonoras en los finales en *rra* ó en *rri* á tal punto que, oyéndolas, se hubiese dicho el ruido de una banda parlera de gorriones que retozaran en sus bocas.

Ellos, los jugadores, tentados por las risas, venían á sentarse entre las chicas so pretexto de descansar. Y para el juego, ellas les azoraban é intimidaban tres veces más que el público de los grandes partidos; ¡tan burlonas eran!

Ramuncho supo allí mismo de boca de su novia una cosa que nunca se hubiera atrevido á

esperar; que había obtenido permiso de su madre para ir á aquella fiesta de Erribiague, asistir al partido de pelota y visitar el pueblo, que no conocía; ya estaba convenido que iría en coche con Paquita y la señora Dargañáraz; allí las encontraría, y acaso fuese posible una combinación para regresar todos juntos.

Desde hacía dos semanas, cuando habían empezado sus citas nocturnas, era la primera vez que tenían ocasión de hablarse de día y delante de otras personas, y su trato en tal ocasión resultaba diferente, más ceremonioso en apariencia, envolviéndose además en un suave misterio. Hacía mucho tiempo que él no la había visto tan bien y tan cerca en pleno día; porque Graciosa embellecía visiblemente en aquella primavera y estaba guapa, guapísima... Su pecho se redondeaba, al mismo tiempo que se estrechaba su cintura; y su andar y su porte ganaban paulatinamente en elegante distinción.

Continuaba asemejándose á su hermano; tenía los mismos rasgos, igual óvalo perfecto; pero en los ojos cada día se diferenciaban más; mientras que los de Arrakoa, de un matiz azul verdoso que parecía desvanecerse en el fondo, se desviaban al mirarlos, los suyos, por el contrario, de pupilas y pestañas negras, se dilataban ansiosos para mirar fijamente. Ramuncho no conocía otros que se les asemejaran,

y adoraba en ellos la ternura franca y la expresión peculiar, ávida, indagadora y profunda. Mucho antes de convertirse en hombre y de ser accesible á los engaños de los sentidos, aquellos ojos se habían apoderado de su alma de niño en todo lo que tenía de más grande y más puro. Y ahora, en torno de aquellos ojos, la gran transformadora enigmática y soberana había entronizado todo un conjunto de carnes tentadoras que atraían irresistiblemente su propia carne hacia una comunión suprema y misteriosa...

Cada vez más distraídos estaban los jugadores con el grupo de las muchachas y con sus marineras blancas y rosa; y se reían á veces, ellos solos, al ver que jugaban peor que de costumbre. Por encima de ellas, que no ocupaban sino un rincón del antiguo anfiteatro de granito, se sucedían las filas de asientos vacíos un tanto dilapidados; después veíanse las casas de Etchezar, tan felices en su aislamiento del mundo y, al fin, en el fondo, la masa oscura, ingente, de la Gizune, colmando el cielo y confundándose con las espesas nubes que dormían aposentadas sobre sus flancos. Nubes inmóviles, inofensivas, y sin amenaza de lluvia; nubes primaverales de color de tórtola, que parecían tibias como el aire del atardecer, y allá, en una desgarradura, menos alta que la cima soberana de todo el

contorno, levantábase la luna argentándose con el morir del día.

Los jóvenes estuvieron jugando á la luz del crepúsculo, hasta que revolotearon los primeros murciélagos, hasta la hora en que la pelota, al elevarse entre las sombras, no se veía por el aire. Quizá sentían, sin darse cuenta de ello, que aquellos instantes tan venturosos pasarían para no volver, y procuraban así prolongarlos en cuanto fuese posible...

Para concluir de una vez, fueron á llevarle á Itchúa, todos juntos, el dinero de España. Dividiéndolo en dos partes, lo habían puesto en dos grandes pañuelos encarnados, que una muchacha y un muchacho tenían de las puntas, y así salieron del frontón, entonando la canción de *la Hilandera de lino*.

Cuán claro y dulce y dilatado era ese crepúsculo de Abril... Había ya rosas y otras flores delante de las paredes venerables de las casas blancas con ventanas parduscas ó verdes. Los jazmines, las madresevas, los tilos, embalsamaban el aire. Para Graciosa y Ramuncho era esta una de esas horas de ventura que más tarde, en las tristezas acerbadas del despertar, se recuerdan con una amargura desgarradora y encantada á la vez...

¡ Para qué hay en la tierra tardes primaverales, hermosos ojos que os miran, sonrisas de

doncellas y hálito de perfumes que exhalan los jardines al caer de las noches de Abril; todo el alborozo seductor y delicioso de la vida, si todo él ha de conducir nada más que á la ironía de las separaciones, de la decrepitud y de la muerte...!